

—No me bajo, sino que quiero cogerlas yo misma,—dije, y agarrando con las dos manos una rama inmediata, salté por encima de la valla. Antes de que hubiese tenido tiempo para acudir á contenerme, ya me hallaba al otro lado y entre los cerezos.

—¿Qué locura estáis haciendo?—me preguntó, poniéndose muy encarnado otra vez, y haciendo esfuerzos para ocultar su turbación tras el enfado.—Pudisteis haberos hecho daño. Y ahora ¿cómo váis á salir de aquí?

Estaba aún más cortado que antes; pero al presente aquella turbación no me hacía gozar, sino que por el contrario me asustaba y atemorizaba aún más. A su vez hizo presa en mí y me puse encarnada, me separé de su lado y no sabiendo qué decir, me puse á coger fruta que no tenía en donde colocar. Echábame en cara lo hecho, me arrepentía, tenía miedo y me parecía que con aquello me había perdido para siempre ante sus ojos, y permanecimos los dos sin decirnos ni una palabra, pesándonos á ambos aquel silencio tan embarazoso.

Sonia, que vino corriendo y trajo la llave, nos sacó del apuro, haciendo que cesase tan embarazosa situación. Persistimos, sin embargo, en no hablarnos, dirigiéndonos con preferencia el uno y el otro á Sonia.

Cuando volvimos al lado de Macha, que nos juró que no había dormido y sí oído todo, me tranquilicé y Sergio intentó de nuevo recobrar su tono de protección paternal; mas el ensayo no le salió bien y no consiguió engañarme porque tenía aún muy presente el recuerdo de cierta conversación que habíamos sostenido dos días antes. Había emitido Macha la opinión de que un hombre ama con más facilidad que una mujer y con más facilidad también que ésta manifiesta su amor, y concluyó diciendo:

—Un hombre puede decir que ama, una mujer no.

—Y á mi me parece que un hombre no puede ni debe decir que ama,—replicó Sergio.

Le pregunté por qué.

—Porque eso será siempre una mentira;

¿qué es ese descubrimiento de que un hombre ama? Como si no tuviese más que hacer que pronunciar ese nombre y hubiese de salir de allí cualquier fenómeno ó no sé qué cosa extraordinaria haciendo explosión todo de una vez! A mí me parece que esas personas que dicen solemnemente: «Os amo,» ó se engañan á sí mismas, ó lo que es peor, engañan á los demás.

—De modo que, en vuestro concepto, una mujer sabrá que la aman, aunque no se lo digan jamás,—observó Macha.

—Eso es lo que yo no sé. Cada hombre tiene su manera de hablar; pero hay sentimientos que saben hacerse comprender. Cuando leo una novela procuro siempre figurarme qué cara ponen en un apuro el teniente Crelski ó Alfredo cuando dices: «¡Leonor, te amo!» y que se figuran que va á suceder algo extraordinario, mientras que no les sucede nada, absolutamente nada, ni á él ni á ella, pues rostro, miradas y demás, todo sigue siendo igual que antes.

Entonces me figuré que tras esa broma se ocultaba algo muy serio y que se refería á mí, pero Macha no le permitió que hiciese mucho hincapié sobre los héroes de novela.

—¡Siempre con paradojas!—exclamó.—Vamos, sed franco, y confesadnos si alguna vez le dijisteis á una mujer que la amabais.

—No se lo dije jamás, ni nunca doblé la rodilla por ninguna,—respondió, echándose á reír,—y no lo haré en mi vida.

—Sí, no tiene para que decirme que me ama,—pensé, y al presente me acordaba perfectamente de aquella conversación.—Me ama y lo sé, y por más esfuerzos que haga para parecer indiferente, no me convencerán de lo contrario.

Durante aquella velada me habló muy poco, pero en cada una de sus palabras y en cada uno de sus movimientos y de sus miradas, adivinaba yo el amor y no tenía la menor duda acerca de ello. La única cosa que me produjo algún despecho y pena, fué el ver que creía

necesario aún el ocultarlo y fingir cierta frialdad cuando todo estaba tan claro y cuando tan sencillamente habríamos podido fácilmente ser dichosos más allá de lo posible: empero, por otra parte, me reprochaba yo como una falta el haber saltado al cercado de las cerezas para reunirme con él pareciéndome que debía haberme dejado de estimar y á resentirse conmigo. Después de tomar el té, me acerqué al piano y me siguió.

—Tocad alguna cosa, Katia, pues hace mucho tiempo que no os oigo,—me dijo reuniéndose conmigo en el salón.

—Deseaba..... Sergio Mikailovitch....—dije, y de pronto le miré á los ojos,—¿no estáis incomodado conmigo?

—¿Por qué?

—Por no haberos obedecido esta tarde,—contesté sonrojándome.

Me comprendió, meneó la cabeza y se sonrió y esa sonrisa decía bien á las claras que me habría regañado un poco; pero que ya no se sentía con ánimo de hacerlo.

—¿Todo pasó, no es verdad? ¿Somos amigos como antes?—pregunté al mismo tiempo que me sentaba al piano.

—¡Así lo creo!

En aquella sala espaciosa y elevada de techo no había más que las dos velas que iluminaban el piano y el resto de la habitación quedaba sumido en una media obscuridad. Por las abiertas ventanas se descubrían los luminosos aspectos de una noche de verano, reinando en todas partes la calma más perfecta que sólo turbaba de vez en cuando el crujido de los pasos de Macha por el salón que no estaba iluminado, y abajo el golpear de los cascos del caballo de Sergio Mikailovitch que estaba atado al pie de una de las ventanas y relinchaba como impaciente.

Habíase Sergio sentado detrás de mí, de tal manera, que no me era posible verle; pero en el seno de las incompletas tinieblas de aquella habitación, en los sonidos que las llenaban, en el fondo de mi misma, sentía yo su presencia. Cada una de sus miradas, de sus movimien-

tos, que, sin embargo, no podía ver, penetraban y resonaban en mi corazón. Toqué la sonata fantasía de Mozart, que él me había regalado y que aprendiera delante de él y para él. No pensaba ni mucho menos en lo que estaba tocando, pero según parece, lo hice bien y me pareció que aquello le gustaba. Participé del goce que él experimentaba y desde mi sitio, sin verle, adiviné, que desde donde estaba sus miradas se fijaban en mí.

Obedeciendo á un movimiento completamente involuntario, y mientras que mis dedos continuaban recorriendo el teclado sin tener conciencia de lo que estaba haciendo, le miré yo también y ví que su cabeza sobresalía sobre el fondo luminoso de la noche. Estaba sentado, teniendo la frente apoyada en la palma de la mano y me contemplaba con mucha atención, fijando en mí sus ojos inteligentes. Sonreíme al sorprender esa mirada y dejé de tocar. Sonrióse también, inclinó la cabeza sobre el papel con aire de reproche y como si me pidiese que continuase. Cuando terminé,

la luna, que había llegado al punto más alto de su carrera, despedía plateados resplandores y al lado de la tenue luz de las bujías, entraba en el salón á torrentes, por las ventanas, otra claridad blanquecina que hacía resplandecer el pavimento con sus reflejos.

Macha dijo entonces que lo que yo hacía no se parecía á nada y que me había parado en el trozo más interesante, aparte de que, hasta entonces, había tocado muy mal. Protestó Sergio, diciendo que, por el contrario, nunca lo había hecho tan bien como aquella noche y después de decir esto, empezó á pasearse desde la sala al salón, que estaba á oscuras, y así continuó mirandome y sonriendo cada vez que se acercaba á mí. Sonreíme también y hasta sin motivo alguno; tenía grandes deseos de reír y tan dichosa me consideraba con lo que había pasado antes, durante aquella tarde, y con lo que estaba sucediendo en aquel momento. Una vez, en un momento en que le ocultaba la puerta, me arrojé al cuello de Macha y empecé á besarla en mi sitio favorito, en su

redondo cuello y debajo de la barbilla, y después, en cuanto él volvió á acercarse, recobró mi rostro su seriedad y hube de hacer grandes esfuerzos para contener mis ganas de reír.

—¿Qué es lo que la pasa hoy?—le preguntó Macha, pero no la respondió y se limitó á bromear á mi costa: sabía perfectamente qué era lo que me sucedía.

—¡Ved qué noche más hermosa que hace!—nos dijo desde el salón en que estaba de pie delante de las puertas del balcón que daba al jardín. Nos fuimos á reunir con él y efectivamente era aquella una noche como jamás vi nunca una igual.

La luna llena resplandecía detrás de nosotros, por cima de la casa, con un brillo que después no observé jamás; la mitad de las sombras proyectadas por los techos, los pilares y el toldo de la terraza se recortaban al sesgo y como en escorzo en el enarenado sendero y en el gran óvalo formado por el césped. Todo lo demás estaba resplandeciente de luz y cubierto de un rocío que plateaban las

claridades de la luna. En un ancho sendero, todo él bordeado de flores, que cortaba todo aquello al través en una de sus orillas, la sombra de las dalias y sus tentemozos, verdadero camino luminoso y fresco en el que brillaban los angulosos guijarros, las sombras se alargaban en el espacio y entre la bruma. Se veía además brillar detrás de las copas de los árboles el techo del invernadero y desde el fondo de la torrentera se elevaba una niebla que se iba espesando por momentos. Las matas de lilas ya un tanto deshojadas hastaban iluminadas hasta el pie de sus tallos y humedecidas por el rocío distinguíanse unas flores de otras. En los paseos la sombra y la luz se confundían de tal manera, que no se hubiera dicho que eran árboles y senderos, sino edificios transparentes agitados por continuas vibraciones. A la derecha, en la sombra de la casa, todo se veía negro indistinto, casi imponente, y más allá resaltaba, pero más resplandeciente aún sobre el fondo de esa zona oscura, la copa fantástica de un álamo, que no sé por qué ex-

traño efecto, se detenía cerca y por cima de la casa en una aureola de clara luz en vez de terminar en las profundas lontananzas de aquel cielo de un azul sombrío.

—Vamos á pasearnos,—dije.

Consintió Macha, pero manifestó que debía ponerme chanclos.

—No, no es necesario,—dije;—Sergio Mikailovitch me dará el brazo.

¡Como si eso hubiese podido impedir que me mojase los pies. En aquel momento para cada uno de nosotros era muy admirable semejante locura y no tenía nada de extraño. No había dado nunca el brazo y entonces yo me apoyé en él sin que esto le causase sorpresa. Bajamos los tres á la terraza. Se me figuraba que todo ese universo, ese cielo, ese jardín y ese aire que respirábamos, no se parecían en nada á los que hasta entonces conociera.

A medida que avanzábamos, sin embargo, esa muralla encantada formada de belleza pura, se separaba de nosotros, á nuestro paso, y entonces me encontraba rodeada de objetos

familiares, jardín, árboles, senderos, hojas secas. Y era en aquellos senderos en los que nos paseábamos atravesando círculos luminosos alternados con otras esferas de tinieblas, pisando las hojas secas que crujían bajo nuestros pies al mismo tiempo que las ramas nuevas y los retoños nos daban en la cara. Sí, era él quien iba á mi lado andando á paso lento é igual dejando que descansase con reserva y circunspección mi brazo sobre el suyo. Era la luna que desde lo alto de los cielos nos iluminaba á través de las ramas inmóviles. Miré un momento á Sergio al llegar á un sitio en el que no se elevaba ningún tilo, y su rostro se me apareció completamente iluminado. Era muy hermoso, expresivo y teía un aire tan feliz...

Me decía: «¿No tenéis miedo?» Y yo imaginaba que me decía: «¡Te amo, querida niña! ¡Te amo! ¡Te amo!» Su mirada lo repetía y su brazo también; la luz y la sombra, el aire y todas las cosas lo repetían también. Recorrimos de este modo el jardín yendo Macha dan-

do pasos cortitos y respirando con pena porque se había cansado. No manifestó que ya era hora de volvernos y me daba pena, pero mucha pena la pobre: «¿Por qué no siente lo mismo que nosotros?—pensé.—¿Por qué todo el mundo no es siempre joven y dichoso? ¡Esta noche se respira juventud y dicha y nosotros con ella!»

Volvimos á casa, pero Sergio tardó aún mucho tiempo en marcharse, y Macha se olvidó de recordarnos que era tarde y nos estuvimos hablando de distintas cosas, bastante fútiles algunas de ellas, sentados unos muy cerca de los otros sin sospechar nosotros mismos lo más mínimo que fuesen las tres de la madrugada. Los gallos habían lanzado al aire su tercer canto, cuando Sergio se marchó. Se despidió de nosotros lo mismo que siempre y sin decir nada de particular; mas yo sabía, sin que pudiese abrigar la menor duda, que á contar desde aquel momento era mío y que no podía perderle y en cuanto reconocí que le amaba se lo conté todo á Macha. Se puso muy conten-

ta y se conmovió tanto que ¡pobre mujer! aquella noche no pudo dormir, y en cuanto á mí permanecí largo tiempo, muchísimo tiempo, paseándome por la terraza, recorriendo el jardín procurando acordarme de las palabras dichas y todos los hechos, volviendo á pasar por los mismos sitios que habíamos recorrido antes. No me acosté en toda la noche, y por la primera vez en mi vida vi la salida del sol y supe lo que era el amanecer. Lo único que entonces me preocupaba era preguntarme por qué no me decía sencillamente que me amaba. ¿Por qué,—pensaba yo,—inventa tal ó cual dificultad, por qué dice que es viejo cuando es tan sencillo y tan apuesto? ¿A qué perder así un tiempo precioso que puede que no vuelva jamás? Que diga que me ama, que lo diga con las palabras propias del caso, que coja mi mano entre las suyas, que incline la cabeza y me diga: «¡Amo!» Que enrojeciendo baje los ojos delante de mí y entonces se lo diré todo. O mejor no le diré nada, le estrecharé entre mis brazos y me echaré á llorar; pero ¿y si me

equivocase? ¿Y si no le amaba? Esa idea acudió de pronto á mi mente y me asusté de mi propio sentimiento que sólo Dios sabe á donde habría podido llevarme y el recuerdo de su confusión y de la mía dentro del cercado de las cerezas, cuando de un salto me coloqué á su lado, me pesaba, oprimiéndome el corazón. Las lágrimas humedecieron mis ojos y recé. Se me ocurrió entonces un pensamiento muy extraño que me produjo un gran alivio é hizo que la esperanza renaciese en mí. Resolví em-  
zar mis ejercicios religiosos y escoger el día de mi natalicio para desposarme y ser su prometida. ¿Cómo y por qué? ¿Cómo podía ocurrir esto? No sabía nada; pero desde aquel momento me figuré que sucedería así. Habíase hecho completamente de día y todos se levantaban cuando me retiré á mi cuarto.



IV

Nos hallábamos en la *Cuaresma de la Asunción* (1) y por esta razón no sorprendió á nadie en casa mi proyecto de empezar desde luego mis ejercicios religiosos. Durante una semana y lejos de sorprenderme, alarmarme ó incomodarme con él, me satisfizo que no se presentase y sólo le esperaba el día de mi cumpleaños. Durante esa misma semana, me

(1) Esa expresión muy vulgar en Rusia, corresponde á los que se llama en los países católicos, hacer un retiro preparatorio ejercicios piadosos y prepararse con examen de conciencia.